

Gregorio Santiago Díaz

FRANQUISMO PATÓGENO

Hambruna, enfermedad y miseria
en la posguerra española (1939-1953)

GRANADA

2 0 2 2

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR: Francisco Sánchez-Montes González
(Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Granada)

CONSEJO ASESOR:

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); John H. Elliott (*Regius Professor* de Historia Moderna de la Universidad de Oxford); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Philippe Sénac (*Professeur Émerite* de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



La edición de este libro ha contado con la ayuda de un proyecto de investigación: «Cultura, identidad e historia de Andalucía. Siglos XIX y XX» (REF. P18-RT-1840), en el marco de los PROYECTOS I+D+I DEL PLAN ANDALUZ DE INVESTIGACIÓN, DESARROLLO E INNOVACIÓN (PAIDI 2020)

© GEGRORIO SANTIAGO DÍAZ

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-7115-2 • Depósito legal: Gr./1812-2022

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| AGRADECIMIENTOS | 11 |
| INTRODUCCIÓN | 13 |
| 1. ¿SILENCIO U OLVIDO? LA CUESTIÓN DE LOS «AÑOS DEL HAMBRE» | 13 |
| 2. HAMBRE Y HAMBRUNAS: ESPECTROS Y ESPECTADORAS DE LA HISTORIA | 21 |
| 2.1. ¿Por qué se producen las hambrunas? | 25 |
| 2.2. ¿Un delito contra la humanidad? | 38 |
| 3. LA HAMBRUNA ESPAÑOLA DE POSGUERRA EN SU CONTEXTO EUROPEO | 41 |
| | |
| Parte I. CAUSAS Y DESARROLLO DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA. | 49 |
| | |
| 1. LOS DESENCADENANTES DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA | 53 |
| 1.1. El «escudo» del régimen | 54 |
| 1.1.1. Las consecuencias de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. | 54 |
| 1.1.2. La «pertinaz» sequía | 64 |
| 1.1.3. El aislamiento internacional | 79 |
| 2. LA «ESTÚPIDA» POLÍTICA AUTÁRQUICA. | 94 |
| 2.1. La simbiosis del «pensamiento autárquico» | 96 |
| 2.2. ¿Voluntad autárquica? | 102 |
| 2.3. La distorsión autárquica. Política comercial, agraria e industrial. | 105 |
| 2.4. La autarquía como proyecto ideológico | 113 |
| 3. UN «LARGO INVIERNO» EN ESPAÑA | 115 |
| 3.1. Salarios y coste de la vida | 117 |
| 3.2. Política de abastecimientos, escasez y racionamiento | 120 |
| 3.3. Corrupción, fraude y mercado negro. | 130 |
| | |
| Parte II. ENFERMEDAD Y MORTALIDAD: CONSECUENCIAS DE LA HAMBRUNA | 139 |
| | |
| 1. La alimentación en la España de los años cuarenta: un «milagro culinario» | 143 |
| 2. Trastornos y enfermedades en la posguerra española. | 154 |
| 2.1. Enfermedades carenciales | 160 |
| 2.2. Intoxicaciones alimentarias | 168 |
| 2.3. Enfermedades infecciosas agravadas por el hambre | 172 |
| 2.3.1. El tifus exantemático | 172 |
| 2.3.2. La fiebre tifoidea y el paludismo | 178 |
| 2.3.3. La tuberculosis o «peste blanca» | 184 |

| | |
|---|-----|
| 2.4. «Intrépidos de la sutileza». El discurso médico-sanitario falangista de la época | 194 |
| 2.5. La «medicamentalización» del hambre. | 200 |
| 3. GEOGRAFÍA Y MORTALIDAD DE LA HAMBRUNA ESPAÑOLA | 206 |
| 3.1. El coste mortal de la hambruna española. | 214 |
| 3.2. Geografía de la hambruna española. | 218 |
| Parte III. LA MEMORIA DE LA HAMBRUNA EN ANDALUCÍA ORIENTAL | 225 |
| 1. UNA REALIDAD SOCIOECONÓMICA QUE «TE DARÁ DE COMER, PERO NO TE LLENARÁ EL GRANERO». | 229 |
| 2. PODER LOCAL Y AUTARQUÍA: RACIONAMIENTO, OCULTACIÓN Y ESTRAPERLO | 239 |
| 2.1. Racionamiento | 240 |
| 2.2. Ocultación | 246 |
| 2.3. Estraperlo. | 252 |
| 3. «ARDIENDO DE HAMBRE». ALIMENTACIÓN, SANIDAD Y VIVIENDA | 255 |
| 3.1. «Agua fresquita recién traída del pilar» | 255 |
| 3.2. La vestimenta: una muda, remiendos y «ropa servida» | 256 |
| 3.3. Pan negro «amasado con la ceniza» | 259 |
| 3.4. Urbanismo y sanidad: higiene pública y privada | 264 |
| 4. ESTRATEGIAS DE SUBSISTENCIA: SOLIDARIDAD, CARIDAD, BENEFICENCIA E ILEGALIDAD. | 270 |
| 4.1. Tiempos viscerales de «aceptar lo que viniera». | 273 |
| 4.2. Beneficencia y auxilio social | 280 |
| 4.3. Falsificaciones, estraperlo y hurtos. | 291 |
| 5. MORTALIDAD Y ENFERMEDAD EN LA ANDALUCÍA ORIENTAL RURAL | 306 |
| 5.1. La incidencia de la hambruna en Andalucía oriental | 306 |
| 5.2. La hambruna en andalucía oriental a partir de la tendencia de la mortalidad | 314 |
| CONCLUSIONES | 318 |
| ILUSTRACIONES, GRÁFICOS Y TABLAS. | 327 |
| ILUSTRACIONES. | 327 |
| GRÁFICOS. | 328 |
| TABLAS. | 329 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA | 330 |
| ARCHIVOS CONSULTADOS | 330 |
| PRENSA Y FUENTES OFICIALES | 330 |
| REVISTAS CIENTÍFICAS DE LA ÉPOCA. | 331 |
| PUBLICACIONES DE ÉPOCA. | 334 |
| FUENTES ORALES | 336 |
| BIBLIOGRAFÍA. | 337 |
| OTROS. | 356 |

AGRADECIMIENTOS

Cuando en 1957 Albert Camus ganó el Premio Nobel de Literatura, una de las primeras cosas que hizo fue escribir a su profesor de primaria para agradecerle su labor, pues «sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiera sucedido nada de todo esto». Precisamente porque sé la enorme importancia que tiene la labor docente, porque ahora la ejerzo yo, quisiera agradecerles a todos y cada uno de mis profesores y profesoras por el tiempo, la dedicación y la huella que dejaron en mí. Todos somos y tenemos un poquito de aquellos que nos enseñaron y nos descubrieron mundos nuevos. Nunca podré olvidarme del maestro Paco, de don Miguel o del trío maravilloso que formaban don Ángel, don José Luis y la señorita Amalia en los primeros años de secundaria. Siempre quedará en mí algo de Carolina, Carmen de Dios —que fueron a la postre, además, mis compañeras de trabajo— Mariceli, Arcángel o Jacinto, entre muchos otros.

Cuando llegué a la Universidad, me advirtieron de la lejanía y el distanciamiento que existía entre el alumnado y el profesorado, pero con el paso del tiempo comprobé que no era del todo cierto. Fueron personas cercanas que mostraban y transmitían su pasión y el amor por la Historia. Por eso no puedo dejar de agradecer a profesores como Juan Manuel Martín García, que además me ha acompañado en las presentaciones de mis novelas y me tutorizó el TFM del máster de profesorado, a Miguel Oliver, cuyas clases magistrales eran toda una aventura y quien me animó en todo momento a seguir investigando o a Diego Checa Hidalgo, que me ayudó muchísimo a mejorar mi metodología investigadora a partir de mi TFM sobre la protesta social en España contra la guerra de Iraq. También a Francisco Cobo Romero, Antonio Laserna o Antonio Jiménez Estrella, con quienes disfruté a lo grande aprendiendo. Pero me gustaría resaltar la figura de Juan Gay Armenteros, cuya pasión por su disciplina y por las palabras dejó un enorme poso en sus estudiantes. Nos dio una visión de la Unión Europea única, que quizá nos ha servido, sin duda, para entender mucho mejor el mundo en el que vivimos.

Este libro es fruto de la culminación del proceso que conlleva una tesis doctoral y, quien me conoce, sabe lo mucho que quería realizar una investigación de este calibre para seguir investigando una Historia que nunca me cansaré de descubrir. Por eso resultó duro aceptar la realidad de tener que opositar e intentar retomar aquello más tarde. No hubo que esperar mucho,

pues en febrero de 2018 tuve la suerte de entrar como técnico auxiliar en el equipo que había formado Miguel Ángel del Arco Blanco para investigar la «Historia y Memoria del hambre». Fueron meses de visitas a archivos, de trabajo de investigación y de un aprendizaje excepcional con compañeras como Noelia Bedmar. Por eso siempre estaré agradecido a Miguel Ángel, pues en aquel duro año, tuve la oportunidad de seguir haciendo lo que más me gustaba y, lo que es mejor, apuntalar las bases de lo que hoy ya es una realidad.

Sin embargo, si hay alguien quien deba agradecer tanto o más, es a Teresa María Ortega López, codirectora de mi tesis. Desde mucho antes de que este proyecto se pusiera en marcha, Teresa me brindó su apoyo y confianza. Durante todos estos años ha estado presta a todas mis dudas, me ha otorgado la flexibilidad que necesitaba, comprensión y en muchas ocasiones me ha devuelto la confianza en mí mismo que yo había perdido. Ha recorrido conmigo todos los caminos de esta tesis, y las palabras de gratitud que pueda dedicarle se quedan cortas.

Y, por supuesto, inmenso es mi agradecimiento a Claudio Hernández Burgos. Aunque se incorporó más tarde a la codirección de este trabajo, sin su ayuda y comentarios no hubiera podido llevar a cabo con éxito esta empresa. Claudio nos dio, a la investigación y a mí, ese empujón que necesitaba para despegar y, al igual que con Teresa, su confianza ha sido un pilar base para mí.

Tampoco puedo dejar de expresar mi agradecimiento a los miembros del Tribunal que evaluaron de forma positiva la tesis y cuyos comentarios y sugerencias, en esta publicación incorporadas, han mejorado el trabajo. Me refiero a los profesores Miguel Ángel del Arco Blanco, Gloria Román Ruiz, Ana Martínez Rus, Ana Cabana y David Conde Caballero.

Asimismo, expreso mi gratitud a la Editorial de la Universidad de Granada, que se ha prestado a la publicación de este proyecto, personificada en la figura de María Isabel Cabrera y que hago extensible todos los trabajadores y trabajadoras que han participado en la edición de este libro.

Fuera del ámbito académico, el reconocimiento más grande que debo hacer es al trabajo de mis padres. Ellos me han brindado lo mejor que tengo, un «arma cargada de futuro»: la cultura. Me enseñaron el sacrificio, el esfuerzo y la dedicación que hay que poner en lo que haces si quieres conseguir algo. Me dieron dos enormes ejemplos. Yo no podría ser sin ellos. Extensible es este reconocimiento a toda mi familia, mi hermano, mis tíos, mis primas. A mis abuelos Josefa y Gregorio y Miguel y Antonia que, de una manera u otra, se vieron influidos por la miseria y el hambre de los años cuarenta y cincuenta. A mis amigos, que saben dónde estoy y sé dónde están. A mis compañeros y compañeras de la facultad. A mis compañeros y compañeras de trabajo, que siempre me han ayudado en este camino: Paola, Javier, Laura, Belén, Manuel, Silvia, Lara, Victoria, José María, Juan de Dios, entre muchos otros. Cómo no acordarme de todo mi alumnado del IES Montes Orientales de Iznalloz, con quienes he compartido y comparto tanto. De igual manera a la familia Barrera Marín, que me han hecho un hueco entre ellos, especialmente a Ana y Anselmo, que vivieron los «años del hambre», y a su nieta Cristina, que cree en mí más que yo.

INTRODUCCIÓN

Los hijos que no tuvimos
se esconden en las cloacas,
comen las últimas flores,
parece que adivinaran
que el día que se avecina
viene con hambre atrasada.

Al alba – Luis Eduardo Aute (1975)

1. ¿SILENCIO U OLVIDO? LA CUESTIÓN DE LOS «AÑOS DEL HAMBRE»

En su domicilio de la localidad granadina de Domingo Pérez entrevisté a Anselmo Marín, quien con tan solo siete años se quedó solo en el pueblo porque sus padres fueron encarcelados al término de la contienda civil que asoló España. «A última hora se tiraron poco tiempo [en la cárcel], pero que se tiraron tres o cuatro años. Mientras yo en la calle, pidiendo para comer». Cuando le pregunté por los responsables del hambre durante aquellos años tan negros, respondió tajantemente que fue «culpa de la guerra, culpa de Franco». Supe entonces que aquellas palabras significaban algo, que escondían algo más profundo que una sencilla afirmación. Sintetizaban, de manera extraordinaria, lo que fueron los «años del hambre» y la concepción que tenía —y tiene— la población de estos. Los males que azotaron la España de los años cuarenta, llena de hambre y miseria, tenían nombres y apellidos para ellos: Guerra Civil y Francisco Franco. Indagué, por tanto, en esa cuestión, preguntándole si pensaban que Franco los quería matar de hambre. «Pues ya ves tú, a caso hecho» fue su contestación.

Recordé entonces las primeras noticias que escuché del hambre en la España de posguerra, relatadas en breves ocasiones de la boca de mi abuela desde que tengo uso de razón. Ella, a pesar de nacer en 1949, sufrió las rigurosas circunstancias de la estrechez y la miseria cuando era niña, en la década de los cincuenta, en un pueblo perdido de la comarca granadina de los Montes Orientales: Montillana. Todavía hoy —y mucho más ahora,

que sabe que me ocupo de estos temas— sigue hablando de las colas que tenía que hacer para obtener alimentos con las cartillas de racionamientos o de la caridad de la Iglesia durante las navidades, de que las cáscaras de las naranjas se utilizaban también como alimento; o de cómo, desde muy pequeña, tuvo que empezar a trabajar y «entrar a servir».

Si afinamos bien el oído, podemos escuchar en cualquier plaza de los miles de pueblos de España historias de vida como estas que merecen ser puestas en valor. Mucho más en momentos como los actuales, en los que una pandemia mundial se está llevando a las últimas generaciones vivas que padecieron en España el hambre. La memoria oral es un elemento tan importante, que está presente a lo largo de toda nuestra vida. No solo la tenemos nosotros, legándola a las generaciones futuras, sino que también —y esto es lo más importante— recogemos de nuestros padres y abuelos, de nuestras madres y abuelas, toda una serie de experiencias que, a veces incluso, llegamos a interiorizar como propias, o al menos las entendemos como sucesos que han forjado lo que somos. Se convierten en procesos que van conformando, con los años, la familia misma, con la construcción de un relato colectivo del que todos y todas se sienten partícipes. Las historias trágicas provocadas por la escasez y la penuria se insertan en la memoria familiar y se traspasan, oralmente, de generación en generación.

Los «años del hambre» son ese relato colectivo que se ha ido creando en el seno de cada familia, en cada calle, cada pueblo y cada ciudad. En el interior de cada hogar del país se ha venido contando cómo eran las condiciones materiales de vida durante los años cuarenta, una época llena de obstáculos, dificultades y miseria para quienes sintieron en sus propias carnes lo que era el hambre y la necesidad. No obstante, y a pesar del calibre de estas experiencias históricas, la historiografía española no se ha preocupado por la hambruna española de posguerra sino hasta fechas muy recientes, cuando ha experimentado notables avances gracias a proyectos como el dirigido por Miguel Ángel del Arco en la Universidad de Granada «Historia y memoria del hambre: sociedad, vida cotidiana, actitudes sociales y políticas de la dictadura franquista (1939 – 1959)»¹, desde 2017 y que se ha visto continuado a partir de 2021 con otro más ambicioso «La hambruna española: causas, desarrollo, consecuencias y memoria (1939-1952)»². Estos fundamentalmente han dejado patente que el hambre de la España de posguerra fue en realidad una verdadera hambruna.

1. <http://test2.atrionweb.com/proyecto>

2. <https://www.hambrunafranquismo.es>

Precisamente, este trabajo nace a partir de mi participación en el primero de estos proyectos como técnico auxiliar, con la finalidad de aportar mi pequeño grano de arena para llenar ese incomprensible vacío historiográfico, ahondando en la cuestión de los «años del hambre», pero también con el objeto de que sirva a la sociedad actual, para que esta pueda mirar al pasado con otros ojos, valorar la vida de quienes nos precedieron y acercarse a las experiencias de sus mayores. Y es que los historiadores e historiadoras poseen —poseemos— un arma de incalculable valor, de extraordinarios poderes y de tremendas repercusiones: la propia Historia, a la que nos tendríamos que deber bajo juramento «herodótico». Pareciera esta un ente casi abstracto, como una Caja de Pandora eterna donde almacenar cualquier atisbo que las sociedades tienen de ella y acudir cuando se desee apuntillar algo con el magnífico argumento del pasado que, precisamente por ser pasado, a veces parece más válido que cualquier otro. En nombre de la Historia se han justificado naciones, guerras, ideologías o sistemas políticos y económicos. Y cuantos más años avanzan en el devenir de la línea temporal, estas explicaciones se convierten en relatos a consumir por los nostálgicos, razonando —de forma tozuda en ocasiones— que «cualquier tiempo pasado fue mejor», porque, como explicó Eric Hobsbawm, «cuando el presente tiene poco que celebrar, el pasado proporciona un trasfondo más glorioso»³. Lo que trato de decir es que los historiadores e historiadoras tienen un doble trabajo u objetivo, puesto que no solo tienen que construir los relatos históricos bajo el rigor científico y metodológico, sino que sobre ellos recae la responsabilidad de exponerlos y hacerles un hueco en la sociedad. Son las dos obligaciones de las que hablaba el propio Hobsbawm, la que nos une a los hechos históricos y la que nos une a la crítica de todo aquello que se arroje ideológicamente contra nuestra ciencia⁴. Los historiadores, en definitiva, aunque tengamos la mira en los hechos ocurridos, somos los guardianes del futuro. Debemos ser nosotros quienes urgen en el *baúl de los recuerdos*, a la vez que sostenemos, impertérritos, que «volver la vista atrás es bueno a veces, mirar hacia delante es vivir sin temor». Quizá, así, alguien aprenda algo de la Historia.

Con este doble objetivo, esta investigación pretende acercarse a los «años del hambre», que podemos calificar, por lo sucedido en algunos años de la década de los años cuarenta, de una auténtica hambruna. De hecho, desde la propia concepción lingüística de la hambruna española como «años del hambre» se dibuja un espantoso silencio respecto al verdadero

3. Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 2014), p.15.

4. *Ibid.*

trasfondo de la época. Treinta y nueve años son muchos años. Y lo son más si pensamos que, durante ese tiempo, se desarrolló uno de los periodos más estables, políticamente hablando, de la historia contemporánea de España, demasiado adscrita a la convulsión, al cambio político y a la crisis económica. Tan solo la Restauración Borbónica (1875 – 1923) —no exenta, por supuesto, de sus tumultos y alborotos—, y el periodo democrático que siguió a la Transición, desde 1977 hasta la actualidad, han sido más longevos que el franquismo. Han sido —y lo siguen siendo— una pesada losa para quienes han tratado de desarticular, desde la razón, la lógica y los argumentos históricos, los mitos convertidos en realidades y paradigmas de la causa franquista: el creado en torno a la no entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, el de la «paz y seguridad» del franquismo o el de «con Franco se vivía mejor». Más allá de aquellos que tienen que ver con la ideología o las decisiones políticas del momento, que tanta bibliografía han ocupado, uno de los mitos más grandes el franquismo tiene que ver con el hambre. Esa longevidad y pragmatismo del régimen le permitió no solo superar los oscuros y difíciles momentos de los años cuarenta, sino elaborar toda una serie de justificaciones, excusas y, sobre todo, propaganda, que, bajo el prisma del «desarrollismo», caló tan hondo en millones de españoles que, todavía hoy, se siguen escuchando los mismos mantras que otrora creara la dictadura a fin de perpetuarse y ampliar su base social.

Los mitos del hambre franquista fueron construyéndose desde la propia Guerra Civil, puesto que se convirtió en un arma arrojadiza contra el bando republicano y en una de las bazas para lograr, como efectivamente sucedió, la victoria final. De esta forma, el hambre era un mal que asolaba la zona republicana y los sublevados tenían la solución a tan horrible fenómeno. Franco había hecho aquella famosa promesa según la cual en la nueva España no habría un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan. La victoria militar solo sería victoria consumada si se lograba también el triunfo propagandístico. Así, cuando las tropas rebeldes entraron en la capital, Madrid, a finales de marzo de 1939, lo hicieron acompañadas de las huestes de Auxilio Social, el organismo benéfico falangista, que tuvo que alimentar a una ciudad exhausta después de un asedio de casi tres años. Sin embargo, las palabras se las llevó el viento, la propaganda solo fue eso, propaganda, y la realidad fue mucho más dura. Los años que siguieron a la guerra fueron negros y complicados, llenos de sudor, miseria y pobreza. Años conocidos como «los del hambre».

No obstante, los males que azotaron las vidas de la población durante la posguerra, a pesar de su extensión en el tiempo, pasaron. España entraba, tarde, en la ola que había empujado con fuerza a la Europa Occidental. Las nuevas canciones, lejos de la tradicional copla, la televisión, el turismo,

la moda...dieron una capa de «chapa y pintura» al régimen franquista, que se afianzó y extendió, con los argumentos que esa sociedad del consumo le brindaba, la propaganda. El hambre parecía lejana, como un precio a pagar por la fratricida contienda y los años de enfrentamiento europeo, como una forma de renacimiento español a través de la austeridad y el sacrificio. En la España de Franco, más de veinte años después de lo prometido, no había un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan —aunque debería matizarse y analizarse la extensión y profundidad de la pobreza y miseria que se seguía manteniendo en algunas zonas del país más allá de los años cincuenta—. El hambre había pasado. La dictadura brindaba prosperidad y futuro a los españoles. El hambre se había sufrido en la zona republicana, fruto de su ineficiente gobierno. Nada más lejos de la realidad: en la España franquista tuvo lugar una auténtica hambruna durante los años cuarenta.

El régimen de Franco, con su larga implantación, pudo establecer un «velo económico» sobre los primeros años de la dictadura y pudo ocultar sus errores e, incluso podríamos decir, sus intenciones socioeconómicas durante lo que se ha venido denominando primer franquismo, con los años del desarrollismo y apertura económica que conllevaron a la definitiva modernización industrial del país y que puso las bases de una economía orientada al sector servicios. Las mejoras en las condiciones materiales de vida de unas nuevas generaciones, a las que les parecían lejanos los tiempos de una confrontación civil, dejaron atrás todo un pasado de necesidad, miseria y carestía que era mejor olvidar. Y este sentimiento y pensamiento se multiplicó con la llegada de la democracia en la década de los setenta, la entrada de España en el ámbito europeo y el enorme progreso en materia social y económica que ello implicó.

«Es simplemente un olvido, como decía el preámbulo de nuestra ley, una amnistía de todos para todos, un olvido de todos para todos»⁵. En estos términos se expresaba Xabier Arzalluz, diputado del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en el Congreso de los Diputados sobre la Ley de Amnistía. Corría el año 1977 y España se enfrentaba a un reto de envergadura: pasar de la dictadura, que la había vestido por casi cuarenta años, a un sistema democrático, con todo lo que esto suponía. Para el éxito de esa Transición, era de vital necesidad aprobar una Ley de Amnistía, donde la primaria intención era perdonar y olvidar los «hechos de sangre» habidos por ambas partes, no solo durante el conflicto bélico, sino también después

5. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 14 octubre 1977, p. 968, https://www.congreso.es/public_oficiales/L0/CONG/DS/C_1977_024.PDF.